

**UN SABADELLENSE ILUSTRE EN LA REAL ACADEMIA
DE MEDICINA DE BARCELONA: ANTONIO BOSCH
Y CARDELLACH (12 ENERO 1758 - 25 ENERO 1829 (*))**

Dr. ANTONIO MIRALLES ARGEMÍ
(de Sabadell)

Al recordarme muy amablemente, el Sr. Secretario de esta docta corporación, el cumplimiento del artículo 26 de los estatutos, acudió a mi mente la conveniencia de recordar en esta casa la figura de un insigne sabadellense, médico, publicista, historiador y hombre de bien. Miembro de esta R. A. desde el 31 de marzo de 1789, con la que colaboró, con la que tuvo discrepancias y de la que recibió honores y distinciones. En mis renglones quiero hablar solamente del aspecto médico de Bosch, de sus escritos médicos, en los que encontramos ideas muy avanzadas en su época y de sus relaciones con esta R. A. De forma muy escueta nos referiremos a sus actividades ciudadanas como miembro de la comunidad ciudadana de Sabadell.

* * *

No es lícito estudiar y juzgar a posteriori una figura de nuestros

antepasados teniendo en cuenta únicamente sus hechos personales, sus escritos y los actos todos de su vida. Nuestra personalidad es el resultado de una lucha, de un roce constante entre el yo, ente biológico adquirido en el momento de la fusión de los gametos progenitores y el medio ambiente; el primero es inmutable, el segundo varía según condiciones climáticas, históricas, familiares y sociales. Si queremos realizar una valoración más o menos exacta de la personalidad de nuestro académico del siglo XVIII, hemos de comenzar por un estudio del ambiente cultural de la época en que vivió. Solamente cuando tengamos estudiado el paisaje, podremos enmarcar y valorar dentro del mismo a nuestro docto antepasado. Comienzo así esbozando ligeramente el ambiente científico y médico de Europa y de España, de la enseñanza de la medicina y de las universidades españolas del siglo XVIII.

(*) Comunicación presentada como Académico Corresponsal en la Sesión del día 7-II-67.

El 700 tiene un carácter propio dentro de la historia. Tanto en su aspecto político como en el filosófico y el médico.

Políticamente está representado por el desenvolvimiento en sus más amplias y complejas manifestaciones del movimiento intelectual que, originado a mediados del siglo anterior, va de la Contrarreforma a un desenfrenado liberalismo. Es la época de gran reacción política contra las estructuras dominantes, consideradas de tradición, como sólidas, inamovibles y permanentes. Predomina un espíritu de idealismo revolucionario que tiende hacia la liberación definitiva y completa de las conciencias y de los pueblos. Se lucha encarnizadamente contra el absolutismo y el feudalismo y se tambalea todo el edificio construido en el transcurso de los siglos.

Las luchas religiosas, si bien han perdido virulencia, han alcanzado profundidad, el ataque al dogmatismo escolástico es tortuoso y so-lapado. Se necesita la construcción de algo nuevo, pero para construir antes es necesaria la actuación de los picos demoledores.

Las grandes ciudades crecen en riqueza y conocimiento. Las corporaciones más fuertes, como la burguesía, adquieren conciencia de su poder y los príncipes ilustrados de la época, como José de Austria, Federico de Prusia y la Zarina Catalina, se orientan hacia un liberalismo, pero únicamente en el aspecto

científico, literario y filosófico. En aquello que puede debilitar a un poder más fuerte que el suyo, poder de la Iglesia, políticamente continúan siendo dueños absolutos de sus imperios y de sus gobernados.

* * *

Toda la cultura del siglo XVIII siente la influencia del pensamiento filosófico; es la filosofía la que dirige, la que actúa de imán atrayendo hacia sí todas las actividades intelectuales. Parece que es posible la resolución de todo con razonamientos, discusiones y silogismos.

La influencia filosófica de los enciclopedistas franceses fue sobrepasada en gran manera por los filósofos germánicos, y son éstos los que dictan ley en la vida y la ciencia de todo el XVIII y gran parte del XIX. Es Leibnitz, hombre científico, matemático, sistemático por excelencia, el primer representante de la escuela filosófica alemana que dirigió la cultura mundial, y fue su discípulo Wolff el que publicó su obra, difundiendo rápidamente la llamada teoría de las mónadas; resumiendo, la teoría dice: Todo lo que existe está compuesto de substancias infinitas y eternas, son las mónadas: puede verse, pues, que es doctrina esencialmente vitalista, pues las mónadas son como los átomos materiales, como los puntos matemáticos, podrían llamarse puntos metafísicos, pues cada una de ellas forma una individualidad in-

dependiente y cerrada, tienen vida y pensamiento, y la mayor o menor diafanidad de estos pensamientos da más o menos inteligencia. Como es lógico, las mónadas del hombre son las más claras. Vemos, pues, que Leibnitz es esencialmente *vitalista*, pero poco a poco aparece la materialización. Condillac dice que lo propiamente real de las cosas queda fuera del campo de nuestra inteligencia, y para llegar al conocimiento de las mismas han de desahacerse previamente las apreciaciones sensoriales de los elementos por medio del análisis. Luego, los conocimientos obtenidos se unen en síntesis. Cabanús, médico y filósofo, dice que todas las actividades del espíritu se reducen a actos materiales; la inteligencia es como una especie de digestión y el cerebro una glándula que segrega ideas, en forma de lenguaje, mímica, etc. Todas estas concepciones fueron aprovechadas con habilidad por D'Alembert, Diderot y La Mettrie, publicando obras de tipo popular y de divulgación, dando así más difusión a las ideas materialistas y destructoras de lo que estaba establecido. La destrucción, tanto del estamento jurídico como del teológico, se consiguió, y si bien políticamente sus resultados no han dado la satisfacción en un principio supuesta, científicamente se ha ganado el paso del empirismo hacia la ciencia experimental, se abrieron caminos y se invadieron campos vedados hasta entonces al investiga-

dor; se destruyó todo el edificio construido en la Edad Media, ligeramente atacado con timidez en el Renacimiento y, en sus ruinas, se cimentaron los fundamentos de la ciencia moderna. El último filósofo que en gran manera influyó en la vida y la cultura de su tiempo fue Kant. Al afirmar Kant que los orígenes de la ciencia han de buscarse en el intelecto, siembra la doctrina de la supremacía de la filosofía sobre las demás ciencias. Estas ideas de Kant propugnadas y explanadas por Schelling, Fichte y particularmente por Hegel, encauzaron todas las ciencias hasta mitad del siglo XIX.

Dentro del siglo la mejor y más completa obra científica es la de la Física, Química y Ciencias Naturales. Los nombres de Lagrange, Laplace, Cavendish, Priestley, Lavoisier, Galvani, Volta, Franklin, Celsius, Reamur, Watt, Fulton y Stephenson brillan con luz de primerísima magnitud en la historia de la ciencia.

* * *

Poco aprovecha la medicina el resurgir del pensamiento humano. Se hizo copista de la filosofía, y de ésta, la cosa sistemática; se redujo, en una palabra, a ser su sirvienta y su esclava. Si la filosofía tiene por objeto quizá una concepción total del universo, los médicos buscaron la concepción definitiva de la medicina. Por el camino del pensa-

miento metódico y filosófico se llegó a la consecución de los diferentes sistemas médicos. Aparte cuatro marcados con el fuego de la originalidad propia del genio, como son Morgagni, Hunter, Wolf y Jenner, todos los demás son teorizadores, siendo suficiente que tres o cuatro creasen sistemas médicos para que los demás siguieran ciegamente a los iniciadores. Preparado ya el camino por todo lo expuesto hasta aquí, apareció en el mundo médico y científico Carlos Von Linneo, médico sueco, famoso únicamente por su obra botánica. El sistema de Linneo con la clasificación y sistematización de los seres vivientes y con la nomenclatura binomial de los mismos, éste enca-sillamiento del hombre dentro del grupo de los primates con el nombre de *homo sapiens*, y la clasificación de todo lo viviente en órdenes, géneros y especies, todo esto cautivó el espíritu de los médicos del XVIII y muchos de ellos se pusieron a clasificar las enfermedades en la forma que Linneo clasificó los vegetales.

Pero este avance de las ciencias naturales hizo que la medicina, además de orientarse hacia la sistematización del tipo filosófico dominante, se encamine hacia la experimentación, se da más importancia a las fuerzas de la naturaleza y el hombre, considerado como una parte minúscula de este cosmos, pierde importancia.

* * *

La medicina del 700 es, pues, la de los sistemas médicos, y anticipadamente diremos que lo único aprovechable que tuvieron fue el excelente ejercicio que para el progreso del trabajo mental representa el pensamiento filosófico: prescindiendo del valor de las hipótesis, el desarrollo de las mismas, además de ser una gimnasia intelectual excelente, obliga a la experimentación clínica y a la observación en el enfermo, si bien esto último, muchas veces relegado al olvido. Aparte, pues, de estas pequeñas ventajas de los sistemas, nada más trajeron a la medicina como cosa aprovechable, y como contraposición condujeron a los médicos a una serie de absurdidades, desviamientos y exageraciones.

El primero de los sistemáticos es Jorge Ernest Stahl, médico y filósofo creador del sistema *animista*: para él, el alma es todo el fin supremo de la vida, pero el alma no es la inteligencia, sino la naturaleza, el alma protege al cuerpo de la putrefacción, pues realizada la separación de los dos, el cuerpo es invadido por los miasmas corruptivos: el alma provoca en el cuerpo una serie de movimientos de los que depende la vida y cuando estos movimientos se alteran, sobreviene la enfermedad y ésta, no es nada más que los esfuerzos realizados por el alma, (o la naturaleza) para restablecer el orden con movimientos tónicos de una manera segura y

rápida. Esto lo explica todo. En primer lugar, la fiebre, que dice Stahl es el resultado de un trabajo del alma para eliminar del organismo todos aquellos elementos que le son perjudiciales, cosa que comprueba en el exterior con la aceleración del pulso; lo único bueno que hay en el sistema.

Federico *Hoffmann*, dice que el cuerpo humano está hecho de fibras que tienen un tono especial; tono, que les da la facultad de la contracción o de la dilatación, y es regulado por el éter nervioso que originado en el cerebro es enviado por medio del corazón a todo el cuerpo por la sístole y diástole cardíacas. Con estos elementos contracción, dilatación, sístole y diástole, Hoffmann organiza un sistema en verdad complicado. Dice que debe vigilarse especialmente la plétora sanguínea, que actúa por medio del estómago y los intestinos, siendo estos órganos, los únicos a los que el médico debe prestar atención. Por suerte, en el tratamiento era hipocrático, dejando actuar a las fuerzas de la naturaleza dando como medicamentos únicamente reguladores del tono muscular, excitantes o sedantes.

Juan *Brown*, creador del sistema browniano, que en su tiempo disfrutó de gran difusión. Dice Brown que la vida no es cosa estable, sino sostenida y mantenida por estímulos continuados y la exacta dosificación de estos estímulos provoca la salud: cuando es excesiva acaece

entonces un estado moroso esténico, si es débil la dosificación, se presenta el estado asténico. El diagnóstico de estos estados se hace por medio del pulso, la temperatura y el estado general. Este sistema se difundió rápidamente por Europa, siendo su propagador en los países latinos el italiano *Juan Rasori* de Parma, quien modificó la teoría dándole cariz experimental, es la llamada teoría de los contraestímulos. Los contraestímulos son sustancias que opuestas a los estímulos mantienen el cuerpo en buen estado de salud. La estenia es la diátesis de estímulo y la astenia la de contraestímulo. Rasori dice que el diagnóstico no puede verificarse con seguridad, sino «ex juvantibus et nocentibus». Como tratamiento, Rasori era partidario acérrimo de la sangría y del tártaro estibiado.

Nuestro médico Bosch, estaba bastante influenciado por el sistema de Brown aunque sin aceptarlo escribe siempre: «dicen los brownianos», hablando en browniano, o sea que si bien tácitamente no lo admite, lo conoce, lo cita y hace sus comentarios.

Estos son los sistemas básicos, pero tomando como base de partida estos tres sistemas, la fantasía de los médicos se desborda y cada uno de ellos se cree capaz para crear uno de personal. Así, cuando se descubrió el oxígeno, se produjo gran clamor entre la clase médica siendo culpable este gas de la extralimi-

tación y desvarío de muchos médicos. Juan Rollo explicaba toda la patología por la oxigenación: falta o exceso de oxígeno. También aquí Bosch, está influenciado. En su escrito sobre la no contagiosidad de la tisis, habla en varios capítulos sobre la falta o exceso de oxígeno. Las acciones medicamentosas se reducen a oxidaciones y reducciones. El descubrimiento de Galvani hizo que la electricidad animal fuera considerada como causa de todos los procesos biológicos ya normales ya patológicos. Los *vitalistas*, con la doctrina de la fuerza vital creada y explicada por Teófilo *Bordeux*, dicen que además del sistema muscular, hay que tener en cuenta que las glándulas segregan actividad vital, que todas las partes del cuerpo tienen una vida propia, una especie de energía reguladora de todas las funciones sensitivas y motrices. Más tarde, Francisco Mesmer, produjo el delirio de la clase médica, con la curación por el hipnotismo. Los médicos se dividieron en partidarios y contrarios, siendo necesaria la intervención del poder público para el apaciguamiento del escándalo. Por último, como muestra de la desviación médica del siglo, citaremos a Federico Hanneman quien aplicando el principio de «*simila similibus*», pretende curar todas las enfermedades.

Podemos ver en estas someras líneas, que en Europa dominaban las ideas más opuestas, y todo ello

acompañado de grandes y elocuentes parlamentos llenos de lógica y de casuística, y de citas a Hipócrates, todo ello delante del enfermo, pero sin someter a éste a la más somera exploración, se preocupaban sólo los clínicos, de dictaminar a qué estímulo, o diátesis pertenecía el enfermo; el tratamiento era siempre parecido, sangrías, purgas y lavativas.

Por suerte, y por encima de toda ráfaga de mediocridad, por encima de los teóricos sobresale un solo nombre, el de *Herman Boerhaave*, uno de los más grandes clínicos de nuestra historia médica, quien se impuso por su simplicidad por la observación directa del enfermo. Decía Boerhaave que lo importante era estarse al lado del sofrente, y luego adaptar lo observado a cualquier teoría, de proceder así todas ellas son buenas, lo que no debe admitirse es someter el tratamiento de los enfermos a unas ideas preconcebidas, sujetarse a unas normas dictadas antes de observar la enfermedad. Es lógico que estas ideas acompañadas de una terapia de ayuda de las fuerzas vitales, le dieran fama, clientela y buena posición económica. Boerhaave es el fundador de la Escuela de Viena que ha mantenido la supremacía en la enseñanza médica hasta los comienzos de la guerra del 14.

¿Qué panorama se divisaba en España en el setecientos, en lo referente a la ciencia médica? Copio a la letra lo que dicen dos médicos

que a mediados del pasado siglo escribieron sobre Historia de la Medicina Española.

Dice Mariano *González de Sa-
mano*: «Desde que al concluir el siglo XVI volvieron la vista a lo pasado, como en contemplación de las glorias que dejábamos, hemos caminado a menos, pero por escalafones, de manera que la pendiente nos ha sido algo más llevadera y el derrumbamiento por el cual necesariamente habremos de descender en el siglo XVIII habrá de conducirnos a una sima oscura y cenagosa.

«...¿podríamos decir con rigor que tuvimos en el siglo XVIII literatura médica española? ¿Son dignos de figurar como obras clásicas ese montón de folletos y disertaciones indigestas sobre causas y efectos bien triviales? ¿y que tanto calentaron los cascos de los profesores que más figuraron en el siglo?»

Escribe Anastasio *Chinchilla*: «... no sucedió lo mismo en el 18. Todos los sistemas encontraron cabida en las escuelas médicas; nuestros médicos alucinados con tanto sistema y con tan brillantes teorías, se entregaron a ellas y en el espacio de un solo siglo se vieron dominar en todas las escuelas médicas de Europa. Efectivamente, en las obras médicas de este siglo vemos autorizados todos los autores y teorías, desde Paracelso a Brown. Si el arqueólogo de Paracelso, el espiritualismo de Van Helmont, los fermentos vo-

látiles, las acrimonias y putrideces de Sylvio, el húmero radical, la esteárica de Sartorio, los flatos y obstrucciones de Kemf el solidismo de Hoffman, la estenia y astenia de Brown, todas las ideas, en fin, encontraron partidarios entre los médicos españoles del siglo XVIII.

Dice Capdevila y Casals autor actual, traductor de varias obras extranjeras de Historia de la Medicina: «Apena verdaderamente el ánimo de todo buen español haber de confesar, que una vez finido el impulso que la cultura hispánica tomara en su siglo de oro coincidiendo con el máximo poderío político y militar de España en aquella inolvidable época de esplendor y gloria, las ciencias en general y la médica en particular cayeron gradualmente en el marasmo más absoluto, en el coma más profundo.»

Hasta que punto estaba todo abandonado lo demuestra el hecho de que para las necesidades de la escuadra española, todavía fuerte y poderosa, eran contratados los servicios de cirujanos franceses, pues no existía en todo el reino ningún cirujano capaz de realizar una intervención quirúrgica con éxito. Para darse cabal conocimiento del marasmo anteriormente citado de la medicina del 18, cito alguno de los títulos de los trabajos científicos de la época.

(Francisco Javier Cid, médico del cabildo catedral de Toledo, escribió «Arte esfígmica o semeyótica pulsoria erigida en arte por medio

de una cartilla alfabética, compuesta de ciertos caracteres con los que la naturaleza habla al médico, manifestándole sus designios y operaciones y asimismo señalándole los sentimientos y enfermedades de cada uno de los órganos y partes del cuerpo humano, obra verdaderamente necesaria a todo médico que desee ser útil a sus enfermos». «Miscelánea ópera-médica teórico-práctica necnon historia politique utraque lingua ab anuo». «Cirugía natural e infalible en el cual señala como panacea universal el uso y aplicación de los bálsamos». «Colección de selectísimos secretos médicos y quirúrgicos». «Medicina espargírica sin obra manual de hierro ni fuego purificada en el crisol de la caridad de la razón de la experiencia para el alivio de los enfermos. Lleva un antidotario de raíces, hierbas maderas, aguas vinos que usa la medicina racional y espargírica». «Por qué siendo el regular domicilio de las lombrices el canal intestinal, comúnmente producen picazón en las narices».

¿Cómo puede explicarse este caótico estado?. ¿Qué razones podemos exponer en descargo de nuestros colegas del dieciocho?

En primer lugar veamos el estado cultural de España en el siglo en el que nació Bosch.

En los comienzos del siglo XVII, eran vistos con malos ojos los que se dedicaban al estudio de las ciencias de la naturaleza; eran cosas inútiles y peligrosas para la inteli-

gencia, sólo eran aceptadas la teología escolástica, la moral y la expositiva. Y en este considerando eran incluidas las ciencias prácticas, como la Medicina. Decía Feijóo «...mientras fuera de España progresa la Física y la Química, la Anatomía y la Historia Natural, la Botánica y la Geografía, nosotros discutimos sobre si el Ente es unívoco o análogo, sobre si trascienden las diferencias, sobre si la razón se distingue del fundamento». Libros de fuera no entraban en el reino, eran considerados como aires infectos del Norte, en aquellos días consideraba el monje asturiano que no llegaban a treinta los españoles con conocimientos del francés suficientes para traducir obras del país vecino.

Buena parte de culpa de este estado de cosas se debe al tribunal del Santo Oficio. Es un hecho real, evidente, que puede y debe explicarse y es susceptible de excusas, pero que en ningún modo debe negarse. El Tribunal de la Inquisición era un freno para el hombre de ciencia que ávido de estudio y de cosas nuevas buscaban sus ojos y percibían terrenos vírgenes. Sentía siempre sobre él la sombra de la detención y el calabozo. La Inquisición sometió constantemente a la ciencia española a una poda continuada y dolorosa y dice Marañón, que no hay ningún libro de los siglos XVII y XVIII con el sello de la originalidad que no aparezca lleno de enmiendas y tachaduras reali-

zadas por el censor del Santo Tribunal.

Esta preocupación, este miedo al Santo Tribunal lo encontramos también en Bosch. En el magnífico tratado sobre el ayuno de los sexagenarios dice Antonio Bosch: «Un teólogo acaba de decirme que este inconveniente de ayunar en la cuaresma y témporas, es una máxima herética y que fue propalada por no sé que Lutero o Calvino. Pero yo que no entiendo, sino de las que pueden ser herejías médicas ni conozco ni leo más Lutero, Calvino o Erasmo, que Hipócrates, Sydenham, Piquer, Cullen y otros semejantes, digo que *abrenuncio* para siempre de satanás y de aquellos heresiarcas: y me atengo a que la enumerada máxima es muy ortodoxa en buena medicina».

Hemos de tener en cuenta que si bien las Cortes de Cádiz suprimieron la Inquisición, ésta fue restablecida por Fernando VII, y aunque su actuación era débil, los españoles llevaban en su «yo» el miedo secular por el Santo Oficio.

En el campo de la Medicina, vemos como los médicos españoles estaban preparados —por un exceso de enseñanza teológica y por la carencia absoluta de espíritu y ambiente científico— a saturarse de las lucubraciones clínicas que privaban en Europa, a afiliarse a uno de los sistemas que se repartían las teorías y ejercicio de la ciencia médica, e incluso a crear alguno para su uso exclusivo. Las malas ense-

ñanzas, calaban profundamente en el ánimo de los estudiantes españoles, sedientos de dogmas y filosofía. Cada uno creaba una teoría propia, creía en ella y sus actuaciones frente al enfermo estaban de acuerdo con tales teorías, sin hacer caso de lo que hubieran podido observar en el mismo enfermo. La mayoría eran galénicos, todos dogmáticos. Esto explica la calidad de los trabajos científicos, cuyos títulos hemos enunciado antes, esto explica también la historia de las epidemias del siglo, que enumeradas una a una y con todas sus circunstancias llenarían todo el espacio dedicado a este trabajo. Como causa directa, además de lo expuesto hasta aquí, hemos de considerar la mala enseñanza que de la Medicina se hacía en las Universidades del Reino.

En el siglo XVIII existían en España 24 Universidades. Continuaban las tres grandes, que tantos laureles conquistaron y dieron a las ciencias y letras Hispanas desde el Siglo de Oro, Salamanca, Valladolid y Alcalá; las restantes, estaban en capitales de provincia, o en pequeñas villas; Avila, Almagro, Baeza, Cervera, Granada, Gandía, Huesca, Irache, Osma, Oviedo, Oñate, Osuna, Orihuela, Palma de Mallorca, Santiago, Sigüenza y Toledo.

Las grandes habían perdido el esplendor de los siglos anteriores, y las pequeñas, muchas de ellas, eran sólo recuerdo, pues si exceptuamos Valencia, Zaragoza y Cer-

vera, las que restan llevan una vida de miseria. Valencia tenía en el siglo XVII la mejor facultad de Medicina de España, y Cervera, fundada en 1717, tenía vida esplendorosa por ser la única Universidad que existía en el Principado, pues el monarca Felipe V premió la fidelidad de los cerverinos a su persona y causa, mantenida durante toda la guerra civil, con la creación de su Universidad. Mas el premio fue sobrepasado, al clausurar el Rey las Universidades existentes en las cuatro capitales catalanas, castigando así el Monarca la simpatía y fidelidad de la mayoría de los catalanes por la causa del Archiduque.

Las restantes Universidades, eran una ficción, expendían los títulos, podríamos decir a bajo precio, pues para tener una matrícula numerosa rebajaban los cursos de escolaridad, y con seguridad la mayoría de los días no había clase, los estudiantes salían de estudian-tina y los profesores, por ser el sueldo mezquino, buscaban fuera de las aulas trabajo y ocupación que les proporcionase el sustento. Las grandes Universidades no reconocían los títulos expedidos por ellas. Osma, Irache y Osuna eran solamente unos establecimientos de jolgorio y bohemia. La Universidad de Huesca, en donde nuestro Bosch estuvo estudiando Medicina, se sostenía, gracias a que durante la guerra civil era partidaria de los dos contendientes, dependiendo la direc-

ción oficial, de la situación de los dos bandos en el campo de batalla; estaba sin fondos monetarios y sin estudiantes, y éstos como nos dice Bosch en sus notas, salían de Tuna por Vizcaya, Navarra y Aragón y muchos de ellos se dedicaban al contrabando por la frontera francesa.

Y en la ciudad de Huesca se estudiaban solamente dos cursos de teoría y dos de práctica, como asistente de un médico de la villa, éste suscribía una declaración jurada, y el futuro galeno era examinado durante todo un día por el profesorado oficial del Protomedicato. El primer punto de esta trínca, consistía en la amplia discusión de los aforismos Hipocráticos.

¿Cuáles eran los estudios médicos que se cursaban en la Península durante el siglo XVIII? En Cervera duraban los estudios cuatro cursos. Había cátedras de Vísperas, Prima, Método, Pronóstico, Farmacia, Cirugía y Anatomía; durante los cuatro cursos y en la Cátedra de Prima se estudiaban los «Comentarios sobre las obras de Galeno». «De Temperamentis». «De morbo et sintomate». «De Clementibus et humóribus». «De Pulsis et urinis». «De famulátibus», «De sánguignis missione et purgatione». «De morbis mulierum et puerorum». De Anatomía se estudiaba a Guido de Chauliac, famoso cirujano francés, pero que murió en 1366, que había practicado poquísimas disecciones y aún de animales. Como

cosa moderna se leían las tablas de anatomía de Martín Martínez. Como estudio profundo se daba en Cervera y en todas las demás escuelas, los aforismos de Hipócrates, comentados por Vallés.

El profesor de Anatomía estaba obligado por el reglamento a hacer 12 disecciones demostrativas parciales; corazón, pulmón, garganta, etcétera y 6 universales; esto en el reglamento, pero los estudiantes, ni habían visto ni tocado ningún cadáver; además hay que tener en cuenta que en los tiempos del Doctor Bosch era denigrante la profesión de cirujano, y los trabajos de disección si se hacían, eran hechos por un empleado de la sala de autopsias. Lo que los estudiantes veían de anatomía, eran «Las tablas de Martín Martínez», dibujos con explicaciones que muchas eran copias de copias. Tenían también un maniquí que era para estudiar musculatura, y donde los estudiantes de cirugía hacían los vendajes.

¿Hemos de extrañarnos, pues, que después de tales estudios salieran tales médicos? Cirujanos no existían, eran los barberos quienes haciendo un curso de cirugía, podían ir por los pueblos y ciudades a intervenir al primer paciente que requería sus servicios.

Es de notar que los estudiantes de Medicina, salían casi todos de clases humildes, los herederos de linaje noble y acomodado no acostumbraban a estudiar, pues com-

praban plazas de oficiales en el ejército o bien destinos de la escala diplomática; pero la mayoría se dedicaban a vivir de sus rentas y a holgazanear. Eran los segundones y los humildes y pobres los que estudiaban a fin de ocupar posiciones más lucrativas, ya en el sacerdocio ya en la carrera administrativa. Los estudiantes acomodados, eran llamados «Colegiales» y vivían en los colegios Mayores, donde estaban servidos por los más pobres a quienes llamaban «Manteístas» que vivían en los lugares más humildes y supongo deberían ser sucios como tugurios de barrios bajos; estaban sometidos por los Colegiales a las bromas más pesadas e indecorosas. Y nuestro Médico Bosch era de éstos, de los Manteístas, pues consta que en Cervera fue admitido previo certificado de pobreza.

Todo cuanto hemos explicado hasta aquí nos servirá para formar un juicio lo más aproximado posible de los méritos del Dr. Bosch, dentro del campo de la medicina, pues sin este estudio no pueden leerse ni juzgarse los escritos profesionales del médico sabadellense.

BIOGRAFIA

Nace en Sabadell el 12 de Enero de 1758, hijo de Isidro Bosch Torruella y de Teresa Cardellach Gali, los dos hijos de la vecina ciudad de Tarrasa. «Pobres, pero honrados trabajadores» — como dejó escrito el mismo Bosch en su obra «sucesos de mi vida».

Hasta los doce años estudió en Sabadell las primeras letras asistiendo a las clases de varios profesores. Estos cambios fueros debi-

dos a que se sucedían los maestros según las alternativas de las situaciones políticas.

A los 12 años se traslada con su familia al pueblo de Palausolitar, en donde estudia gramática latina con el maestro Juan Casas. A esta edad comenzó a ganarse el sustento como maestro de los niños de un vecino apellidado Ayguader. Regresó a Sabadell al lado del párroco Dr. Salvador Costa. Pasa enseguida a Mataró en el colegio de los P.P. Escolapios estudia gramática y retórica, y trabaja en casa del notario Dr. Miguel Sanromá.

A principios del 1774 se traslada a Barcelona para estudiar en el colegio episcopal con el sabadellense Félix Amat de Palou, ganándose el sustento como criado en varias casas sucesivas; Cayetano Badía; Antonio Pujet y José Barberi. Inicia los estudios de Física y Metafísica. En este momento muere su madre. Bosch estaba preparándose para la carrera eclesiástica, pues ella tenía la gran ilusión de que su hijo Antonio llegara al sacerdocio, por esto estudió en el Colegio episcopal junto con Félix Amat, ilustre sabadellense que con el tiempo llegaría a Arzobispo y confesor del Rey.

La muerte de la madre y las segundas nupcias de su padre, junto a la falta de vocación, hacen que Bosch abandone los estudios eclesiásticos y se traslade a Cervera a los 18 años de edad en cuya universidad termina los estudios de Bachiller ganándose el sustento como criado en casa de Ramón Sanz, Manuel Escrivá y Francisco Font. El título de Bachiller le es entregado gratamente el día 8 de Mayo de 1778 como alumno pobre y el más distinguido por su aplicación.

Despierta su vocación de médico y se traslada, después de un corto viaje por el Pirineo y el norte de Cataluña a Valencia, en cuya Universidad estudia los primeros cursos. El sustento se lo proporciona trabajando como criado en casa de Jacinto Piquer.

En Valencia estudia tres años de medicina al término de los cuales junto con varios amigos viaja por el levante español llegando a Madrid viajando con pasaportes falsos, confeccionados por los mismos estudiantes, quienes al ser descubiertos fueron condenados a ser alistados forzosos en las tropas del Rey en la guerra contra los ingleses por la plaza de Gibraltar. El sabadellense Antonio Palau, ilustre botánico y profesor del Real Jardín les solucionó el mal paso en que se

encontraban y saliendo de la capital de España, por Zaragoza y Lérida llegó a Huesca en cuya Universidad continuó sus interrumpidos estudios médicos los que termina en el año 1782. Como estaba prescrito que antes de la licenciatura, debían realizarse prácticas en algún establecimiento hospitalario junto a un médico de probada y honesta fama Bosch se traslada a Barcelona y en compañía del Dr. Benito Pujol y en el Hospital General pasa sus dos años de prácticas, ganándose el sustento como maestro en casa de Sebastián González. Al mismo tiempo estudia Anatomía en el Colegio de Cirugía.

En Abril del 1783 acude a Cervera y obtiene la licenciatura en Medicina el día 5 de Abril con la máxima calificación de «Nemine Discrepante». El sustento, se lo proporciona el trabajar como criado en los Colegios mayores donde viven los alumnos acomodados. Tiene 25 años, ya es médico, pero ¿a costa de cuantos esfuerzos?

Regresa a Barcelona donde piensa establecerse; durante tres meses continua sus prácticas con el Dr. Pujol, «pero la decencia con que debía vestirse y la presentación debida a su profesión, no le agradaron» y aconsejado por unos amigos se fue a Bráfim, en el campo de Tarragona.

Antes de licenciarse firmó capítulos matrimoniales con Teresa Ribas, huérfana, cuyos tutores la dotaron con 150 libras, de las que le adelantaron 100, para los gastos de licenciatura y otras 50 se reservaron para gastos de la boda.

Ya en Bráfim, donde ejercían otros dos médicos se dedicó por entero al ejercicio de la medicina, consiguiendo ser apreciado por su buen carácter y su ciencia.

Aunque no había olvidado su compromiso con Teresa Ribas, lo fue demorando, pero finalmente se casó por procurador, siendo representado por su padre el 2-II-785. Su esposa llegó a Bráfim el día 13, domingo de cuaresma, y fue tanto el gentío que acudió a recibirla que no pudo haber sermón en la iglesia por falta de asistentes.

En el mismo primer día de su vida de matrimonio, Bosch se dio cuenta de que su esposa padecía una tuberculosis pulmonar, ordenándole meterse en la cama muriendo 39 días después, en el día de jueves santo. La enfermedad y las exequias le costaron mucho más de las 150 libras cobradas por capítulos matrimoniales.

A los 27 años, Bosch quedó viudo. Se dedicó por entero al estudio y al ejercicio de la medicina y a los siete meses casó con Josefa Vivas, mayorazga de 18 años y buena heredera de muchas propiedades.

En 1787, Bráfim sufrió una epidemia de viruela, Bosch escribe una memoria sobre ella que más tarde le valdrá la medalla de oro de la Academia de Barcelona.

Continúa escribiendo y traduciendo obras de medicina, escribe cartas y versos humorísticos y tiene el primer hijo que muere en el primer día de su existencia.

Pero el temperamento ambicioso de Bosch no es para quedarse en un pueblo, aunque en él, goce de un reputado nombre médico, y no pudiendo desarrollar su carrera en Barcelona se traslada a Sabadell, su patria, antes de cumplir los 30 años (19-XII-787).

En Sabadell permanece 17 años dedicados a su profesión y a las tareas públicas.

Bosch entra en la vida ciudadana enfrentándose al cacique, el notario Mimó.

Profesionalmente se consagra como médico práctico y como hombre de ciencia, escribe una memoria sobre una gangrena a frigore, que le valió ser distinguido con el nombramiento de socio íntimo de la Academia en 31-IV-789.

El 4 de abril del 91 Bosch es nombrado archivero de la villa y si bien este cargo llevaba consigo el de secretario, tarea desagradable y engorrosa dadas las circunstancias difíciles de la población, Bosch se dedicó por entero a su tarea, «recompuso los archivos transcribió sus documentos escribiendo la crónica diaria de «Los fets de la vila». Redactó el nuevo reglamento del Hospital según indicaciones del Sr. Obispo, lo puso en marcha y durante cuatro años se dedicó por entero a su profesión médica y al archivo.»

Tuvo que luchar intensamente con los partidarios del cacique Mimó, teniendo en contra suya los sucesos desagradables del motin del pan y los de la guerra con los franceses. Del primero, sabemos que el pueblo se amotinó contra la panadería del común —la oficial— en favor del libre panadero Gabriel Busquets, porque decían que en el pan había «salvado, sorra, cagajones, excrementos de gato y ratón, gusanos, escarabajos y hieso».

Sobre la guerra, Bosch padeció, de las tristes consecuencias que para toda autoridad

—secretario— pareja siempre un cargo público en circunstancias parecidas.

Sobrelleva Bosch las circunstancias y se consagra a sus aficiones archiveras y científicas. Es una obra sorprendente e inconcebible en una época de la luz del candil. Además de la ingente labor de catalogación, ordenación y transcripción de documentos, Bosch aprovecha su cargo de Secretario para tomar medidas públicas de sanidad insólitas en aquellos tiempos. Se preocupa de la enseñanza primaria y funda una sociedad que revalida la enseñanza y la posición económica del maestro. Para este fin escribe al arzobispo Amat de Palou, su antiguo maestro, para que consiga el apoyo del Real Consejo.

A los 37 años y firmada la paz con Francia, Bosch cesa como secretario y archivero y se dedica a ejercer plenamente su profesión y a su familia. Continúa enviando memorias y trabajos a la Academia. Es cuando comienzan sus discrepancias con el Secretario.

A los 46 años vuelve a Bráfim, 1804, se le muere su esposa y poco después comete el tremendo error de casarse por tercera vez. Comienza a sentir los primeros dolores reumáticos a los 49 años, cefaleas, neuralgias faciales producidas por caries dentarias, dolores articulares en las regiones cervicales que le durarán todo el resto de su vida.

En 1803 con la invasión de las tropas de Napoleón aumentan los sinsabores, tiene que abandonar su casa y como tantos españoles, anda errante por el campo con su esposa y sus hijos. A pesar de ello continua escribiendo memorias sobre temas médicos, es apresado dos veces por los franceses y se libra de la cárcel mediante rescate. Su suegra se pasa al invasor y lo persigue, intentando la venta de sus fincas.

Terminada la guerra, continúa escribiendo tratados para la educación de sus hijos, su autobiografía y la de su familia. Trabaja sobre la inoculación de la vacuna de Jenner y sobre la gota. Es encargado por la Academia para la difusión del descubrimiento del médico inglés por las comarcas tarraconenses y el abad de Stas. Creus le pide se encargue de la asistencia médica de él y de la comunidad. Estando en este cenobio, una noche una partida de bandoleros asalta el monasterio y la casa de Bosch es saqueada, él es maltratado gravemente, robado y despojado. A los 64 años vuelve a Bráfim

enfermo y desecho, físicamente inútil, con perturbaciones mentales y sin poder escribir.

Se marcha a Sabadell, y vive con su hijo Macario, llega viejo y enfermo y en su ciudad natal muere con todos los sacramentos a los 71 años el 25 de Enero de 1829. Siendo sepultado en el cementerio común, cuya fosa y cuyos restos son desconocidos.

Bosch fue un hombre erudito, lo han escrito y dicho amigos buenos que ya no tenemos entre nosotros y los que aun siguen averiguando sus escritos. Como primera condición, tenía el amor al estudio, demostrado de pequeño en las enseñanzas que tuvo en las primeras letras, amor que continuó más tarde en sus estudios profesionales y en las aficiones literarias, históricas y científicas. Este interés, que aun es corriente en los médicos de hoy, era más acusado en Bosch, porque entonces era de los pocos médicos que cultivaba las ciencias naturales y la historia. Hoy el campo es trabajado por legión de especialistas de todas las ramas, y si bien aún hay, como digo, espíritus que cultivan disciplinas apartadas de su tarea profesional, es en pequeña cantidad, pues la ciencia es hoy tan vasta, de proporciones tan gigantescas, que vida de un hombre es insuficiente para alcanzarlo todo medianamente.

Son 16 los trabajos profesionales que Bosch escribió. Los cuatro más importantes, aparte el premiado por la Academia de Barcelona escrito en latín, son la Memoria sobre las fiebres intermitentes en España, el tratado sobre la Gota, la Memoria sobre la no contagiosidad de la tisis y el discurso combatiendo el ayuno de los sexagenarios.

Todos ellos están escritos en forma memorial, exponiendo por anticipado en un sumario lo que quiere demostrarse, las objeciones que pueden ponerse a su razonamiento, las defensas que tiene para los objetores, y las conclusiones irrefutables que se deducen de su

defensa. De la lectura y meditación de estas cuatro obras es de donde saco mi juicio profesional del Médico Bosch.

La más extensa, es la que trata de las fiebres intermitentes en la que demuestra que esta clase de calenturas son las que dominan en España y en el transcurso de la misma es donde encontramos la primera de las cosas originales y de mérito de Bosch; *su doctrina de la Constitución Individual*. El tratado sobre la Gota, es el de doctrina médica mejor resuelta, pues es debido seguramente a que la Gota era una enfermedad muy conocida y estudiada, y hoy aún es una entidad nosológica de etiología y patogenia bastante oscura. La defensa que hace de la exención de ayuno para los sexagenarios es para mí una muestra palpable de su valía profesional. Bosch se adelanta con ella a los colegas que hoy se preocupan de los viejos y aun sin proponérselo y sin sospecharlo, se pone al frente de todos iniciando la geriatría, nueva especialidad de la Medicina. El escrito atacando la contagiosidad de la tisis es el más desgraciado. Diré solamente, y en defensa del médico sabadellense, mi creencia de que lo escribió como punto de ataque a un compañero que combatió sus consejos. Bosch se encontraba en el funeral de un joven pariente suyo en el pueblo de Catllar; este joven murió de tisis pulmonar, y entonces estaba mandado por la Superioridad que todo

lo que fuese de pertenencia personal de un tísico tenía que ser quemado; lógicamente esto era un sacrificio económico y la familia consulta al Dr. Bosch si lo consideraba de necesidad y Bosch dijo que no y la familia no quemó nada. Enterado el Dr. José Bertrán, quien había ordenado la quema, de la desobediencia de la familia por los consejos del sabadellense, recurrió al gobernador de Tarragona y éste ordenó, y la familia tuvo que obedecer. A raíz de este suceso Bertrán hizo unos comentarios sobre la ignorancia de Bosch, pero éste no aclara lo que antes había dicho él de Bertrán. Estos comentarios sobre la ignorancia, motivaron la confección de la memoria que envió a Bertrán «...quien tuvo a bien callar sin responderme ni hablar más del asunto». Teniendo en cuenta que Bosch era un hombre de lucha, supongo que antes habría atacado a Bertrán con palabras algo duras. Este, que no sería tan erudito como nuestro amigo, pero si buen observador, y, además, era el médico del pueblo y a la vez responsable del cumplimiento de las disposiciones oficiales, obligó a la quema, pero si leyó el requerimiento de Bosch, no se atrevió a superar tanta doctrina médica. Bosch expone en este trabajo toda la ciencia oficial desde Celso, pasando por el padre Hipócrates, hasta todos los autores de todas las épocas. Teniendo en cuenta que Bosch era un buen médico, erudito, observador, original en co-

sas importantes, teniendo en cuenta que en el año 1806, en que fue escrita la memoria que estoy comentando, estaban ya en conocimiento por parte de los colegas de Europa los trabajos de Laennec el gran médico francés que en tuberculosis lo hizo todo menos descubrir el bacilo, que demostró clínicamente la uniformidad de las lesiones tuberculosas y al propio tiempo demostró la contagiosidad de las mismas (muriendo él tuberculoso). Y teniendo presente que Bosch conocía perfectamente el francés y las obras francesas, me sorprende su posición en este aspecto y la creo forzada por el despecho, por la burla o poca consideración a su ciencia, él que era de la Real Academia. Título o consideración que siempre ostentó con orgullo y Entidad a la que demostró su cariño y amor hasta los últimos años de su vida.

En el siglo XVIII abundaron los escritores médicos que opinaron sobre las calenturas. Se llamaban piretólogos o sea que era una especialidad médica. En el trabajo sobre las fiebres, es donde luce más la preparación científica de nuestro médico y es lógico que así fuese, si consideramos por un momento que «Fiebres», eran la mayoría de las enfermedades que veían los médicos del tiempo, pues con este nombre genérico se agrupaban una serie de enfermedades que hoy están completamente diferenciadas, pero que tienen como carácter común el

aumento de la temperatura del cuerpo humano.

Existiendo, pues, tanta mezcla de enfermedades, es lógico que los tratados sobre fiebres, sean una cosa abigarrada, pesada y llena de vaguedades: son más concisos y claros de exposición los trabajos hechos sobre una epidemia solamente; pues entonces explicaban una sola enfermedad. Esta memoria de Bosch y Cardellach puede considerarse como un verdadero tratado y con su lectura podemos darnos cuenta del verdadero estado de la medicina de su tiempo. Y no sólo de la ciencia hipocrática, sino también de las ciencias Naturales.

Bosch tiene una mezcla de médico antiguo por los estudios cursados en los centros oficiales, lleno de enseñanzas hipocráticas y humanísticas. Y de médico nuevo, de práctico que al pie del lecho del paciente confronta la teoría y ve que no corresponde; pero el aforismo hipocrático no puede fallar nunca. Esta mezcla la vemos en muchos pasajes de sus obras: así cuando habla de la quina como tratamiento de las fiebres palúdicas, dice que son muchos los médicos que hacen el tratamiento con quina sola y empíricamente y «...debo opinar que sólo este remedio es la sagrada áncora donde se afianza la débil nave de la salud y la vida del enfermo que se combate en el mar tempestuoso de dicha fiebre». Estas frases escritas en bello estilo náutico, es también una afirmación rotunda

de la especificidad de la quina como tratamiento indicado y oportuno, pero viene el médico de Cervera y dice: «...aún con ello se necesita del método analítico» y ¿cuál es este método analítico? Pues sangrías, lavativas, alexifármacos —o sea, antivenenos— Paregóricos (calmantes), eméticos, ventosas, etc., o sea todo lo que precisamente no debía darse a los palúdicos que necesitaban además de la quina, estimulantes, hierro para la anemia, tónicos, etc.

En el capítulo sobre generalidades en el tratamiento de las fiebres dice Bosch, médico humanista: «...Se ha de tener como sagrado el precepto de Sydenham. Incitar la poca fiebre, disminuir la excesiva, mantener la que convenga, según las fuerzas del enfermo», pero luego dice el médico práctico que hay medicamentos que deben no darse a ciertos enfermos, especialmente la sangría (de la que no es partidario), pero con muchas limitaciones, nunca a los débiles y a los viejos.

Este criterio de Bosch lo vemos en el capítulo que habla del tratamiento de las fiebres benignas, nunca sangrías ni purgantes «por la propensión que hay entonces a lo alcalescente y pútrido, se vuelven obstinadas y perniciosas». «Con estos remedios se abaten inútilmente las fuerzas, pierden las entrañas su tono, se añade la cacoquilia (cacoquexia), y otras degeneraciones». La sangría la aconsejaba siempre en los individuos de complejión

sanguínea a los fuertes, nunca a los débiles y a los viejos, pero no en vano lleva la formación médica del tiempo y en alguna ocasión escribe con orgullo que su padre a los 84 años se sangraba como medicación preventiva dos veces al año y esto lo escribe en el magnífico trabajo sobre los sexagenarios.

Cuando Bosch escribe sobre las causas ocasionales de las fiebres que él dice que es de origen nervioso, se extiende sobre unas consideraciones sobre la acción de la naturaleza, sobre los vientos, la luna, las condiciones climatológicas, de altura y presión atmosférica, sobre los sólidos y fluidos del cuerpo humano y después de citar a Piquer, Sydenham, Bruserio, y todos sus preferidos, pone punto y termina el capítulo con esta frase: «Basta de digresión». Este final de capítulo es para mí una muestra del médico práctico.

Bosch es pues, en primer lugar, un médico de su tiempo influenciado por Hipócrates desde el principio de sus estudios, no en vano pasó cuatro años estudiando los comentarios sobre el padre de la medicina escritos por Vallés y Van Swieten, los aforismos los sabe de memoria, los tiene presentes, los cita en los escritos y nunca duda de ellos.

En el trabajo sobre los sexagenarios y después de copiar una máxima hipocrática, dice: «He aquí canonizada la exención del ayuno por nuestro patriarca Hipócrates».

Luego copia un aforismo del Padre de la Medicina y escribe a continuación: «y para no hacernos reos de lesa salud convendrá atenernos a estos aspectos». No puede expresarse con menos palabras más fe y estimación.

Bosch, sistemático

Esta fe y fidelidad, si bien le hace dudar en cosas de doctrina y tratamiento, le da en cambio dos buenas cualidades; observar directamente al enfermo en el lecho y no dejarse llevar ni absorber por los sistemas médicos del tiempo. Absorbido no, pero sí influenciado. Esta influencia se trasluce en todos los escritos profesionales. Leemos en muchos de ellos: «Dicen los Brownianos, hablando en lenguaje browniano» habla también de los estímulos y contraestímulos, o sea, que está influenciado por Rasori, dice, por ejemplo, que para cambiar las pasiones de ánimo es necesario mover una pasión opuesta. Así «es positivo que con el espanto puede detenerse una hemorragia, con el terror acallarse el hipo, con la cólera soltarse la perlesia». En la memoria sobre las fiebres habla mucho de oxigenación, desoxigenación, sobreoxigenación y de una manera aplastante habla de ello en la desgraciada repulsa al médico de Catllar: ¿Queréis cosa rara? Habla Bosch a menudo de la fuerza vital, de sistema vital y en el discurso sobre los sexagenarios dice que la

fuerza vital es la causa de todas las enfermedades internas, pero no de las externas (úlceras, hernias, enfermedades de la piel).

Bosch es también un humanista, sus escritos son cuidados están citados en ellos los clásicos latinos, conoce a Celso, Plinio, los escritos de S. Isidoro, es un hombre culto, su prosa no es muy corregida, pero a veces las correcciones son para dar más elegancia a la forma de expresión, no es literato complicado. Es un hombre que en Sabadell y en Bráfim se ocupó de las cosas de la ciudad, miembro de esta Academia de Medicina, en las tareas de la cual colaboró con asiduidad, de la que recibió premios y distinciones.

En la memoria tantas veces citada de las fiebres intermitentes escrita por Bosch en 1805, y entre fárragos de medicina medieval, citas de los antiguos y de los modernos, proposiciones, consideraciones de clima, de situación geográfica, todo ello demostrando la erudición de Bosch, no sólo en medicina, sino en otros aspectos, encontramos, digo, en el apartado «Nociones generales para la formación de esta memoria», los puntos A, B y C. En los dos primeros habla de las tensiones de los sólidos y la fluidez de los líquidos orgánicos, habla también de la composición del aire relacionándolo con la transpiración cutánea. En el punto B como cosa sin trascendencia escribió lo que yo considero de lo mejor de toda

su obra médica: Dice «La diversidad de síntomas que en una misma epidemia presenta cada enfermo», «la diversidad individual de síntomas que se observan en los que padecen la misma enfermedad» y dice que es debido al «temperamento o constitución del enfermo».

CONSTITUCION

Copio a la letra: «Voy pues a decir lo que entiendo por lo que comúnmente se llama temperamento o constitución de un sujeto el cual no es más que la mayor o menor energía e irritabilidad de las fuerzas nerviosas y musculares. Para entender esto diré que el corazón es el músculo por excelencia, las venas y las arterias sólo son sus ramas, sus propagaciones. Cuando estos órganos son enérgicos lo son también los músculos de todo el cuerpo porque su energía depende en gran parte de la tensión y ésta de la debida consistencia de sus vasos. En esta tensión y consistencia está la salud y la enfermedad. El corazón colocado en el centro del cuerpo del hombre es a manera de un émbolo que distribuye el humor de la vida por todos los órganos. Así la fuerza del temperamento general depende de la del corazón».

«No es al caso referir cuales sean las causas que determinan esta fuerza; la principal parece ser original e innata del individuo, los demás son unos agentes (los Brownianos llaman estímulos), que

casi equivalen a los que hasta ahora han llamado muy impropia-mente cosas *naturales*. Cuando estos agentes obren con tal fuerza de manera que se acelere la circulación, se multipliquen las frotaciones, se precipiten las secreciones, se impida la acumulación del aceite animal en el tejido celular y se produzca el calor, he aquí la constitución *robusta y vigorosa*. En este caso se producen las enfermedades inflamatorias, las de demasiado vigor. Pero si acaeciese lo contrario entonces resultaría una constitución *endeble y floja* que llevará consigo enfermedades opuestas a las primeras. Procediendo de uno de estos extremos a otros muchos encuentran una infinidad de temperamentos intermedios, pero yo a más de los dichos y para el ejercicio práctico, sólo consideraré con Huxhan el temperamento o constitución de sólidos *tierna y delicada*: ésta es propia de personas ágiles y vivaces que al menor motivo se perturban, se conmueven fácilmente, aunque les falten las fuerzas musculares, no así las del espíritu; acostumbran éstos a padecer hemorragias, la tisis, y la consunción y mil enfermedades que el vulgo llama vaporosas».

Para darnos una idea completa de la importancia de estas palabras de nuestro médico, hemos de considerar que desde Hipócrates sólo se habló de constitución individual en los españoles del siglo de oro, Mercado, Laguna, el divino Vallés

y Juan Huarte de San Juan en su libro «Examen de ingenios para las ciencias». Después del siglo de oro el nivel médico de España bajó profundamente como hemos visto, y de Mercado y Vallés quedó únicamente la parte aforística y doctrinaria, pero nada de sus consejos de observación directa del enfermo.

Hipócrates consignó su concepto de patología constitucional en el libro «Del aire de las aguas y de los lugares» y este tipo de estudio y de exposición gusta a nuestro Bosch y en la memoria sobre las intermitentes sigue los pasos de su querido maestro.

Tenemos que llegar a fines del siglo XIX para encontrar unas ideas expuestas tímidamente por Carlos Rokitansky de Viena, relacionadas con la doctrina constitucional. Y en este interregno ¿qué? El olvido por completo del factor constitucional y temperamental, una exageración primero de los sistemas médicos, más tarde la omnipotencia de la célula dimanada de la teoría celular del gran Virchow. La enfermedad está en las células, no hay cuerpo humano, sino órganos enfermos, y todos los fenómenos o manifestaciones morbosas, son en resumen, la suma de manifestaciones de reacción que las células componentes del cuerpo humano presentan a las causas del mal. No puede darse más localismo ni más desprecio por el individuo y su aportación a la clase de enfermedad que puede

sufrir. Después de Virchow tuvo lugar el esplendoroso renacimiento de la medicina y toda la ciencia hipocrática se explicó por los microorganismos y el cuerpo humano era solamente un medio de cultivo.

Como hemos apuntado, Carlos Rokitansky explicó su teoría de las crisis, pero fue ahogada su voz por los seguidores de la patología celular primero y por los bacteriólogos luego. Por fin llegamos al 1881, año en que Beneke, publicó su obra «Constitución y enfermedades constitucionales del hombre» y fundamentó la actual escuela neo-Hipocrática. Actualmente los estudios constitucionales tienen gran impulso, gracias a los trabajos de Viola, Sticer, Sigaud, Kretschmer, Pende, y entre los españoles Letamendi en el siglo XIX, y Novoa Santos, Jiménez Díaz y García Rodríguez. Hoy empieza a estar algo olvidada la doctrina constitucional, por los autores norteamericanos, con su exageración en la aplicación del método estadístico a los fenómenos biológicos.

Situamos, pues, a nuestro Bosch en los tiempos en que escribió su concepción de la importancia del factor constitucional. Es a comienzos del siglo XIX, pero Bosch es un hombre formado por la cultura del siglo anterior y ¿quien había entonces en Europa que hablase de Constitución? Ningún médico, solamente un erudito no profesional, pero que habló y escribió mucho de medicina; me refiero al benedic-

tino Fr. Jerónimo Feijóo. Escribía contra los médicos españoles, contra el abuso de los medicamentos, contra los abusos de los heméticos y de la sangría —para él todos los médicos eran unos doctores, Sangredo del Gil Blas—. En su primer discurso sobre Medicina habla de la doctrina humoral, individualista o constitucional, el nombre es distinto, pero el concepto es invariable, y lo desarrolla magistralmente en el «discurso para conservar la salud». Bosch, pues, está al lado del monje asturiano y sus clasificaciones son acertadas, supone como todos los AA. un tipo normal, y deja a un lado el tipo grueso, ancho, constitución «Robusta y vigorosa», los llamados hoy pícnicos, braquimorfos, euriplásticos, braquisquélicos, digestivos, etc. y a otro lado la de constitución *endebles y floja* llamados hoy, leptosomáticos, asténicos, longitipos, estenoplásticos; y lo completa con un tercero los de constitución «*tierna y delicada*» los hoy llamados angélicos, individuos altos, rubios sin pelo en la cara, finos de líneas, que nunca envejecen, son los tímidos pairsplácnicos, cerebrales.

Bosch explica su teoría o concepto de constitución o temperamento y en todos sus escritos habla de ella para explicar diversidad de síntomas y de reacciones ante los estímulos morbosos y en sus explicaciones sobre terapéutica, distingue la diferencia de temperamentos para aplicar los remedios. Bosch

no publicó su trabajo, no fue enviado a la Academia y, por tanto, no tuvo la resonancia que debía corresponderle.

He dicho antes que Bosch puede ser tenido como el pionero de la última especialidad de la Medicina, la Geriatria o sea la parte de la Medicina dedicada al estudio de las enfermedades de los viejos. Bosch, ya en la introducción de su discurso, se lamenta del olvido en que todos los autores, han tenido de los viejos. Dice textualmente el Doctor Bosch. «A la verdad si exceptuamos a Zaquias médico romano y al Abad de Poblet, Genover, que trataron medicamente sin profundizar esta materia según convenía, yo no he oído ni he leído autor alguno que se haya ocupado de su importancia. Yo he admirado muchas veces porque los autores magistrales de nuestra facultad tratan más detenidamente de las enfermedades de los niños, de las doncellas, de las preñadas, de las parteras y aún de las mujeres en general; hay también tratados no pequeños de las enfermedades de los militares, de los marineros, de los literatos, de los menestrales, de las personas del bajo pueblo, sin que hasta ahora haya habido en cuanto yo sé, autor alguno que haya discurrido sobre las enfermedades de los viejos en tratado particular. No les ha merecido la menor atención la clase de hombres más respetables y que más la necesita por el inmenso sin número de males de que adolece como

por necesidad. Unicamente encuentro en Sauvages, una sencilla enumeración de estos achaques sin hacer una sola palabra de reflexión sobre su contenido».

Bosch no pretende escribir un tratado de las enfermedades de los viejos, pero con el pretexto de defender el orden de excepción de ayuno para los que pasan de sesenta años, combate a los teólogos (creo que este es el fin primordial de su trabajo), y a nosotros nos deja un verdadero tratado, una muestra primorosa de su ciencia, de su espíritu de observación y de su amor al prójimo. En este discurso, si bien en algunos conceptos no está dentro de la ortodoxia, e incluso hasta en oposición en muchos otros nos explica con palabras diferentes, conceptos que actualmente son artículo de fe médica. Y aunque su discurso fuese completamente huérfano de verdad médica, el solo hecho de escribir las palabras que he leído, la preocupación que siente por la falta de ayuda médica por los sexagenarios, ya serían méritos suficientes para darle el título de pionero que he citado antes.

Bosch hace un estudio completo de la vejez en todos los aspectos, fisiológico, patológico, anatómico, psíquico y dietético; hace distinción de la vejez en tres graduaciones, «senectud verde» de los 50 a los 60 años, «senectud media» de los 60 a los 70 años y «senectud decrepita», de los 70 en adelante.

Si tenemos en cuenta que en el siglo XVIII el término medio de vida del cuerpo humano era de 50 años, debido al desconocimiento de las hormonas, vitaminas, los sueros rejuvenecedores, tipo Pasteur o Bogomoletz, las prótesis y ortopedias, la clasificación de Bosch es exacta y bien perfilada. Todos hemos visto retratos de personas de gran relieve en la historia de un pueblo que a los cuarenta y tantos años producen al observador de hoy la sensación de encontrarse ante el retrato de un hombre de más de sesenta.

Explica Bosch, aunque con el lenguaje de su siglo, la degeneración grasienta del hígado, la esclerosis de las arterias, y de los tejidos nerviosos, la deshidratación, causa primordial de la vejez, las bronquitis crónicas, las diarreas de los viejos y las desviaciones de la columna vertebral. Hemos de remarcar que no se limita solamente a comentar, cosa que podría hacer cualquiera que tuviese algo de espíritu de observación, sino que da la explicación fisiológica, hoy aceptada por todo el mundo, y hasta da la explicación fisiológica del encanecimiento del pelo.

En muchos pasajes, y forzado por el tema de su discurso, cita Bosch la necesidad de comer suficiente, cosa que hoy creemos si no es perjudicial, es poco conveniente; pero, creo yo que quiere significar alimento suficiente, pero no el abuso de comer, pues varias veces dice

que es mejor poco alimento y frecuente, pues no es buena la plétora abdominal, citando entonces el síndrome gastro-coronario. Explica y comenta después el poco apetito que tienen los viejos, como consecuencia del apagamiento gradual de las apetencias del cuerpo y dice Bosch: «si ya de sí mismo el cuerpo de los viejos necesita poco alimento, ¿cómo es posible obligarlos al ayuno cuaresmal y al de las cuatro témporas?, entonces es cuando se cae en el marasmo y el estupor». Es magnífica también la parte dedicada a las funciones sexuales de los sexagenarios, escrita toda con una elegancia y delicadeza de lenguaje verdaderamente impresionante.

Sería larguísimo el comentario de este trabajo del Dr. Bosch y digo que es seguramente el que más me ha gustado de todos, está escrito pulcramente, es combatiente y respetuoso con el enemigo (los teólogos), en él vierte Bosch toda su capacidad de humanista y es en el transcurso de la misma que dedica a su querido Hipócrates, las frases más ditirámicas y enaltecedoras.

Bosch y la academia

En las Memorias de la Real Academia Médico-Práctica de la Ciudad de Barcelona y en su tomo I, figura el CATALOGO de los socios de la docta entidad desde su fundación hasta el 31 de diciembre de 1797, con inclusión de días, meses y años de sumisión.

En la sección de miembros socios íntimos españoles figura el nombre del Doctor D. Antonio Bosch, Médico de la villa de Sabadell y la fecha de su ingreso, en 31 de Marzo de 1789. Notas biográficas escritas en el primer centenario de su muerte indican «por varios trabajos y memorias médicas que había enviado a la Academia Barcelonesa». Entre estos trabajos hay constancia en los archivos de la Academia de una memoria sobre una epidemia de viruelas acaecida en Bráfim en 1787, y otra que consta le valió el ingreso, Historias y estudios «a Frigore» 1759.

En el año 1800 una epidemia de fiebres malignas asoló la ciudad de Cádiz y otras poblaciones de Andalucía. Fue uno de los atacados, un amigo de Bosch, D. Juan Crous y Sala, cirujano del regimiento de Burgos, quien solicitó de Bosch su opinión sobre tal dolencia, así como le indicara las medidas de prevención en el caso de que dicho epidemia cobrase de nuevo virulencia. Informado Bosch de todos los detalles y de los síntomas clínicos de la susodicha dolencia, envió a su amigo una detallada información y un completo estudio médico.

Más tarde la Academia convocó un premio de medalla de honor del precio de 300 reales al autor que mejor describiera el proceso de una epidemia, Bosch pensando en los datos que tenía de la de Cádiz y con los completos informes enviados a su amigo Crous decidió reco-

ger todo ello en una memoria y la entregó a la Academia escribiéndola de su propia mano, creyendo que su letra sería desconocida por los rectores de la corporación...

El 2 de mayo de 1802 el Diario de Barcelona publicaba en su sección de Barcelona, una nota de la Academia que entre otras cosas decía: «... de la otra memoria que lleva por lema «Quisque suos patimur manes», y describe la epidemia de Cádiz, la Academia le ha otorgado mención honorífica aunque sin duda era merecedora del premio, el cual no se le ha otorgado por encontrarse al abrir el trabajo con circunstancias imprevistas y además por no saberse con certeza su veritable autor». Bosch preguntó muy atentamente cuáles eran estas circunstancias imprevistas que habían determinado la no obtención del premio. El Secretario de la Corporación le contestó: «El haber escrito el trabajo con su propia mano y el no haber vivido de manera directa la epidemia que describía».

Entonces Bosch decidió hacer imprimir su trabajo en Manresa, para huir de la censura del secretario de la Academia, pues el regente de la Audiencia enviaba a aquél los escritos médicos destinados a ser publicados. Mas no tuvo éxito. El Alcalde-Corregidor de Manresa envió el escrito de Bosch al Dr. Antonio Solá, médico de la villa de Sallent para que diera su permiso, como censor que era en

aquella demarcación para los impresos de carácter médico. Este, a pesar de los ruegos de varios amigos y parientes no daba su consentimiento y la memoria no podía publicarse.

Bosch cansado de la espera, se dedicó de lleno al trabajo para poder ganar en el próximo concurso la medalla que con la epidemia de Cádiz se le había escapado. Preparó con todo detalle dos trabajos, uno sobre una epidemia de viruela complicada con fiebres intermitentes acaecida en Bráfim en el 1787, y otra estudiando la epidemia catastral con tos convulsiva que Sabadell sufrió en 1802. Enviólas a la Academia procurando que no conocieran ser él el autor, pues Bosch estaba convencido de que en la Academia tenía enemigos en la persona de un Protomédico.

Todavía no había logrado de la censura el permiso para la publicación de la memoria, causante de la discordia, cuando en el 15 de abril de 1803, recibió de la Academia un comunicado en el que se le decía haber ganado la medalla de oro con sus dos memorias, una de las cuales, la que se refería a la epidemia de Sabadell estaba escrita en latín.

Esta distinción estimuló en Bosch el afán de obtener más premios y escribe otra memoria sobre una epidemia de viruela que atacó a la población de Sabadell. En el concurso del 1804, obtuvo mención honorífica. Pero Bosch, supo más tarde que su memoria no fue leída

en su totalidad, por la extensión de la misma; entonces decidió no enviar más trabajos a la Academia.

Hemos de llegar al 1818 para encontrar que las relaciones de Bosch con la Academia estaban en su normalidad. El 25 de junio de este año, la Academia comunica a Bosch que aquélla le comisiona para que propague por la comarca de Bráfim y otras vecinas, la inoculación de la vacuna y en 25 de enero de 1820, leemos en el Diario de Barcelona, «También se propuso como motivo de otro premio de medalla de oro de 400 reales el tema siguiente:

«Señalar sí o no la gota que se observa con más frecuencia que en los tiempos en que llegaban a creerse comunmente libres de ellas el bello sexo y los de cierta edad y de esta frecuente exención de los sobredichos en libertarse de este mal, pueden sacarse ideas oportunas para hallar remedio a esta dolorosa y rebelde enfermedad. «Mercedió este premio la memoria que se recibió con el epígrafe o palabras tomadas de *Baglivio*. «Non opinandum sed certo et ostensive sciendum neque disputandum sed experiendum quid natura faciat aut ferat», de la que es autor el Doctor Antonio Bosch y Cardellach, médico de la villa de Bráfim, en Tarragona y socio corresponsal de la Corporación. Este profesor en el concurso del año 1803, obtuvo una medalla de oro destinada a la mejor descripción de una epidemia que hizo estragos en España desde el

año 1787, para cuyo tema presentó dos trabajos obteniendo los dos igual distinción y en otro concurso se mencionó honoríficamente otra memoria enviada por dicho profesor.

Los Académicos Dres. Sebastián Montserrat y Manuel Carreras, en su magnífica historia de la Real Academia de Medicina de Barcelona, nos cuentan el saqueo que el 10 de marzo de 1820, las turbas de Barcelona hicieron en la casa de la Inquisición, en la que la Academia tenía dos piezas. Se perdieron la totalidad de enseres, documentos, archivos y biblioteca. El 25 de abril del mismo año, el secretario Ciudadano Rafael Steva, firmaba una solicitud que la Gaceta del Principado y Diario de Barcelona publican pidiendo a sus socios y correspondientes nacionales y extranjeros que en distintas épocas enviaron sus memorias, que se dignasen si les era posible, enviar copia de las mismas.

Bosch contesta con presteza a este llamamiento con una carta, en la que dice al Sr. Secretario, estaba ya preparando copias de sus trabajos y obras no enviadas a la Academia, pues sospechaba y esperaba la solicitud que la Academia había realizado. Por último, en el diario de Barcelona del 26 de Junio del mismo año, la Academia publica una nota que dice: «...La Academia Nacional Práctica, que en el día 10 de Marzo de este año tuvo la desgracia de perder en po-

cas horas los innumerables trabajos y estudios de sus socios nacionales y extranjeros, no puede menos de ver con gratitud el acto generoso inspirado en los justos principios de procurar para los pueblos la mayor felicidad de su socio el Dr. Antonio Bosch y Cardellach, quien inmediatamente después de ser publicado nuestro aviso en el N.º 3 de la Gazeta del Principado y en este Diario del primero de Marzo, con la amabilidad en él tan característica ha hecho entrega de los siguientes escritos suyos:

1. Historia y Estudios *a frígore* 1789, memoria que mereció el nombramiento por parte de la Academia de Socio Intimo.
2. La Topografía de Sabadell, su patria, en 1789.
3. El resumen de la Memoria del Dr. Francisco Salva, primer Catedrático de Clínica y decano de la Academia sobre la utilidad de la circulación del aire fresco en la viruela benigna del año 1802.
4. Observación de las disenterias pútrido-malignas descritas y estudiadas por el mismo Dr. Bosch en 1790, con otra de las fiebres de la misma clase y del mismo año.
5. Examen de si convenían o no la amputación de un brazo a un tísico a *tabé tuberculosa*, proveniente de un decúbito

- artrítico cerca de la extremidad superior del húmero en 1801.
6. Memoria sobre la epidemia de fiebre amarilla de Cádiz en 1800.
 7. Memoria sobre la viruela epidémica observada en Bráfim en 1787, y premiada 1803.
 8. Otra sobre un catarro epidémico observado en Sabadell y premiada junto con la anterior.
 9. Memoria sobre la epidemia de viruela de Sabadell en 1803, premiada en el año siguiente.
 10. Memoria sobre los motivos físicos que eximen a los sexagenarios del ayuno eclesiástico.

«A estas importantes obras vueltas a encontrar por el celo de su autor cuyo mérito no es desconocido aunque se haya encerrado en el retiro de los sabios, hay que añadir su traducción libre al español de los cinco primeros volúmenes de «Epítome de curandis morbis», de J. P. Franch, cuya traducción cede perpetuamente a esta Academia como prueba de su estimación y aprecio por la misma.

«La Academia llena de gozo y satisfacción, en el momento de recibir tan sabias producciones, se enteró con dolor, que unos inoportunos y de malfiar, esputos sanguinolentos habían interrumpido

las tareas literarias de su socio íntimo, que a la edad pasada de sesenta años está terminando la «Memoria sobre la clase de fiebres más frecuentes en España, su carácter, diferencia y curación». Con cuya noticia y manifestando todos los socios residentes su pena por tan triste suceso, unánimemente la Academia acordó que en mejor ocasión se immortalizasen los escritos y el nombre de su fiel y querido compañero, ocupando un lugar destacado en la historia de nuestra medicina práctica, para que la nación pueda admirar conjuntamente a un catalán, a un médico y a un sabio digno de nuestra gratitud y de nuestros respetos. Barcelona 13 de Junio de 1820. Por acuerdo de la Academia, el ciudadano Rafael Steva Secretario.»

Esta manifestación de simpatía, compañerismo y gratitud, llegó a las manos de Bosch en el día en que la Iglesia católica celebra la festividad de S. Antonio de Padua, fiesta onomástica del médico sabadellense y contestó al secretario agradeciendo humildemente los elogios hacia su persona manifestados, así como a los deseos de la corporación en el mejoramiento de su quebrantada salud. Comprometiéndose a terminar las copias empezadas, para ser remitidas cuanto antes a la Academia.

Bosch entregó a la Corporación, además de las copias de sus memorias médicas, los cinco tomos de

su traducción, del Epítome de Franch, pues dado el poco tiempo que transcurre entre el 10 de marzo y el 13 de junio, es lógico que la donación fuese la traducida por él, la primera, de la que se desprendió Bosch para que el archivo y biblioteca de la Academia pudiera volver a tener el esplendor de antes del saqueo.

Aquí terminan las relaciones entre el médico sabadellense y la docta Casa. La Academia no se ocupó más de Bosch ni de sus obras, ni de su publicación, como podría deducirse de los párrafos finales de sus «gracias» por la donación de Bosch. Es perfectamente comprensible que la expresión de «...en mejor ocasión... unánimemente acordó», etc., eran para dar redondez a las frases y más calor a los sentimientos oficiales de la Academia. Seguramente el mismo Bosch debió de comprenderlo así también, pues no hay noticias de que hasta su muerte, acaecida nueve años más tarde, el médico sabadellés recordase a la Academia su promesa de la edición de sus obras.

Termina también aquí mi nota biográfica de mi ilustre antecesor en el ejercicio de la Medicina en Sabadell y en el cargo de Académico corresponsal de esta docta Corporación, de manera tan brillantemente realizada.

Y para finalizar me permito hacer a nuestro ilustre presidente, Prof. Pedro Pons y a los demás doctos componentes de la Junta de Gobierno de esta Real Academia, la sugerencia siguiente:

Que tomando en consideración los deseos expresados por aquella Junta del 1820 al médico de Sabadell, se solicite de algunos miembros de esta Casa examinen lo que de bueno y original pueda haber en los escritos médicos del Dr. Bosch. Su opinión, más docta que la mía y por completo desprovista del apasionamiento propio de mi ánimo hacia la personalidad de Bosch, podría ser la que dictamine si es factible o no, la publicación de lo que de verdad haya de bueno en la obra científica del médico sabadellense y socio íntimo de la Academia de Barcelona en el siglo XVIII.